

**Cuerpo y sangre de Cristo como contenido (res et sacramentum) del
sacramento eucarístico (presencia real)**

I. *Doctrina eclesiástica*

El signo externo, pan y vino y las palabras consecratorias pronunciadas sobre ellos, significan y obran la realidad salvífica del sacramento eucarístico: cuerpo y sangre de Cristo.

Es dogma de fe: *En la Eucaristía está Cristo presente con su humanidad y divinidad, con cuerpo y alma, con carne y sangre, en la realidad y según la esencia.*

El Concilio de Trento dice en su XIII Sesión (1551), cap. 1: "Primeramente enseña el santo Concilio y abierta y sencillamente confiesa que en el augusto sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene verdadera, real y sustancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles. Porque no son cosas que repugnen entre sí y que el mismo Salvador nuestro esté siempre sentado a la diestra de Dios Padre, según su modo natural de existir, y que en muchos otros lugares esté para nosotros sacramentalmente presente en su sustancia, por aquel modo de existencia, si bien apenas podemos expresarla con palabras, por el pensamiento, ilustrado por la fe, podemos alcanzar ser posible a Dios y debemos constantísimamente creerlo. En efecto, así todos nuestros antepasados cuantos fueron en la verdadera Iglesia de Cristo que disertaron acerca de este santísimo sacramento, muy abiertamente profesaron que nuestro Redentor instituyó este tan admirable sacramento en la última Cena, cuando, después de la bendición del pan y del vino, con expresas y claras palabras atestiguó que daba a sus Apóstoles su propio cuerpo y su propia sangre. Estas palabras, conmemoradas por los santos evangelistas y repetidas luego por San Pablo, como quiera que ostentan aquella propia y clarísima significación, según la cual han sido entendidas por los Padres, es infamia verdaderamente indignísima que algunos hombres penderos y perversos las desvíen a tropos ficticios e imaginarios, por los que se niega la verdad de la carne y sangre de Cristo, contra el universal sentir de la Iglesia, que como columna y sostén de la verdad detestó por satánicas estas invenciones excogitadas por hombres impíos, a la par que reconocía siempre con gratitud y recuerdo este excelentísimo beneficio de Cristo.

Así, pues, nuestro Salvador, cuando estaba para salir de este mundo al Padre, instituyó este sacramento en el que vino como a derramar las riquezas de su divino amor hacia los hombres, componiendo un memorial de sus maravillas, y mandó que al recibirlo hiciéramos memoria de El y anunciáramos su muerte hasta que venga a juzgar al mundo. Ahora bien, quiso que este sacramento se tomara como espiritual alimento de las almas por el que se alimenten y fortalezcan los que viven de la vida de Aquel que dijo: "El que me come a Mí también él vivirá por Mí", y como antídoto por el que seamos liberados de las culpas cotidianas y preservados de los pecados mortales. Quiso también que fuera prenda de nuestra futura gloria y perpetua felicidad y juntamente símbolo de aquel solo cuerpo, del que es El mismo la cabeza y con el que quiso que nosotros estuviéramos, como miembros, unidos por la más estrecha conexión de la fe, la esperanza y la caridad, a fin de que todos dijéramos una misma cosa y no hubiera entre nosotros escisiones" (D. 874-875). Canon 1: "Si alguno negare que en el santísimo sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y, por ende, Cristo entero, sino que dijere que sólo está en él como en señal y figura o por su eficacia, sea anatema" (D. 883).

La realidad eucarística atestiguada por el Concilio de Trento es una *realidad esencial, una realidad real*. El cuerpo y la sangre de Cris-

to constituyen la *res* contenida en el sacramento. Podemos, por consiguiente, hablar de una ontología eucarística.

Pero hay todavía otra presencia en la Eucaristía. El Concilio habla de ella en la sesión XXII. Es la *presencia* actual de la muerte de Cristo. Los dos modos de existencia son distintos entre sí como sustancia y acto, pero están en estrechísima conexión entre sí, ya que la presencia sustancial del cuerpo y de la sangre de Cristo es el soporte de la presencia actual de la muerte de Cristo. Y a su vez la presencia actual da su sentido y su plenitud a la presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo. De aquí que no pueda existir la una sin la otra. La presencia sustancial es, no obstante, por causa de la presencia actual. Hablaremos de la presencia actual en el § 254.

II. *El testimonio de San Juan*

La Escritura da testimonio de la realidad del cuerpo y sangre de Cristo en el sacramento eucarístico de muy variadas maneras.

Primeramente narra *San Juan* que Cristo la prometió. Todo el sexto capítulo de su Evangelio es un testimonio de la realidad eucarística. Para la inteligencia del capítulo hay que tener en cuenta que San Juan escribe para lectores que ya conocían los evangelios sinópticos y estaban acostumbrados a celebrar en sus cultos divinos la memoria de la pasión de Cristo. Para unos tales lectores no era menester que el apóstol les contara todo lo que hubiera tenido que contar a otros no iniciados en la liturgia eucarística. Escogió lo que mejor encajaba con la intención principal de todo su evangelio. Incluso en todo aquello que dijo de la Eucaristía, le interesaba poner de manifiesto la gloria de Cristo. Finalidad que consiguió al explicar a sus lectores el sentido de la liturgia eucarística sobradamente conocida por ellos. Se limitó aquí a exponer la realidad salvífica de la Eucaristía revelada por Cristo en su discurso de la promesa. Por eso pudo pasar por alto a sus lectores el conocido hecho de la institución de la Eucaristía, pues el relato no aportaría nada esencial para el esclarecimiento del sentido.

San Juan coloca el discurso de la promesa de Cristo en un marco, en el que se resalta poderosamente su significación. El capítulo sexto habla en los versículos 1-21 de dos milagros, de la multiplicación del pan y de su caminar sobre el mar, y en los versículos 22-71 está el discurso de Cristo y el efecto producido en sus oyentes. La segunda parte del capítulo se divide a su vez en tres secciones: ver-

sículos 22-51a se revela Jesús hablando a los judíos como pan de vida, versículos 51b-59 promete su carne y su sangre como alimento y bebida, versículos 60-71 cuenta en ellos el Evangelista cómo los espíritus se dividieron a causa del discurso de la promesa del Señor.

El haber escogido San Juan al principio de su capítulo el narrar estos milagros aconteció en atención al discurso eucarístico de Cristo en Cafarnaún. Los milagros están en estrecha relación con la promesa de la Eucaristía. En la milagrosa multiplicación de los panes, Cristo se revela como señor de la naturaleza, en el caminar sobre las aguas se manifiesta su superioridad sobre los límites del ser corpóreo. Con ello preparó a los suyos para darles algo mucho mayor: la transformación del pan y vino en su carne y sangre. Esta conexión me salta a la vista en la estructuración del capítulo sexto queda expresada más especialmente si se tiene en cuenta que al principio de su relato sobre la multiplicación de los panes San Juan observa que la Pascua está próxima. Es evidente que el hagiógrafo, con las palabras de la promesa, recuerda la institución de la Eucaristía que iba a tener lugar antes de la fiesta de la Pascua. De esta manera la breve referencia a la próxima Pascua es alusión al cumplimiento de la promesa relatada por el Evangelista.

El milagro de la multiplicación de los panes lo obró Jesús en la orilla oriental del mar (en la parte sur de la llanura El Bateha, en las cercanías de la antigua Bethsaida Julia). El milagro causó una extraordinaria impresión a los testigos oculares. Verdaderamente éste es el Mesías, decían todos. Ahora toda miseria tiene fin, ahora sí que viene la época dorada, ahora se romperá el yugo romano. Estas esperanzas distaban mucho del mensaje de Jesús, que había venido para predicar penitencia a los pecadores. Jesús rehuyó el intento de aclamarle como rey. Se retiró El solo a un monte situado en la parte alta. A los discípulos les obligó a regresar a la orilla occidental del mar. Cuando ya habían partido los discípulos, les siguió El con paso firme sobre las aguas. Al llegar junto a los suyos, subió a la barca y se dirigió con ellos a Cafarnaún. Durante el culto divino le encontró la multitud que había sido testigo del milagro del pan y que le había buscado con tanto celo, y que estaba asombrada por su repentina desaparición. Como no sabía dónde se quedó Jesús después de obrar el milagro ni tampoco cómo había podido ir a Cafarnaún, pues no se había visto ninguna embarcación que partiera con El, todos se preguntaban naturalmente cómo había venido. Sabía Jesús que la multitud, excitada en sus esperanzas económicas y políticas por el milagro del pan, sólo le buscaba para ver nuevos mila-

gros y signos y conseguir fácil remedio a sus necesidades y deseos terrenales, faltándole a ella la inteligencia más profunda de su misión. Por eso buscó apartar su sentido de lo terreno y guiarlo a lo celestial. Les incitó a no preocuparse por el alimento perecedero, sino por un alimento que obre la vida eterna, por un pan que puede dar el Mesías. El Hijo de Dios venido del cielo puede dar comida celestial. Los oyentes expresaron una cierta comprensión de sus palabras, ya que preguntaron qué tenían que hacer para agradar a Dios. Ellos pensaban en obras buenas. Jesús mencionó al momento lo decisivo: tienen que creer en el que el Padre ha enviado. Sin embargo, ellos dudaron. Para tener fe en Jesús no les bastaba el poco antes vivido milagro del pan. Para que Jesús pudiera ser reconocido como Mesías era menester, según su opinión, que obrase otras señales. También Moisés obró un milagro del pan. Para el judaísmo posterior, Moisés figuraba como el primer redentor, y el Mesías, el segundo. Y así como Moisés liberó a los israelitas de la esclavitud de Faraón, también el Mesías rescatará al pueblo judío de su tiempo de la esclavitud de los pueblos paganos, sus opresores. Y porque el segundo Mesías, según la esperanza judía, tenía que parecerse al primero, se esperaba para la época mesiánica la repetición del milagro del maná por el Mesías. Más aún, se esperaban señales todavía mayores.

Rechazó Jesús su afán de milagros, que buscaba siempre nuevas señales sin llegar jamás a una fe viva. Les explicó que el milagro viejotestamentario del pan no fué obrado por Moisés, sino por Dios mediante Moisés, por aquel Dios, Padre de Jesucristo. Lo que obraron los profetas como instrumentos de Dios no fué ciertamente el verdadero pan celestial que Dios quiere dar a los suyos.

Este verdadero pan celestial no es otro que el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo. (El texto originario quizá permitiera traducir que el pan de vida es aquel que ha bajado del cielo.) Los oyentes escucharon nuevamente las palabras, pero no entendieron su significado. Lo que les quedó grabado fué la perspectiva de un pan milagroso, todavía mejor que el que fué concedido a sus antepasados en el desierto. Por eso pidieron a Cristo les diera este pan de vida. Lo que no quisieron oír fué el anuncio de que El mismo era el pan de vida. Con palabras claras continúa: "Yo soy el pan de vida; el que viene a Mí no ya tendrá más hambre, y el que cree en Mí jamás tendrá sed. Pero yo os digo que vosotros me habéis visto y no me creéis; todo lo que el Padre me da viene a Mí, y al que viene a Mí yo no le echaré fuera, porque he bajado del cielo

no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió, que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día" (35-40). Este pan de vida se come por la fe. El que cree en Cristo le recibe y come en sí vida eterna. A causa de las experiencias ya hechas con los judíos añadió Jesús, acto seguido, que sus oyentes vieron, es verdad, sus milagros, pero no tenían la fe que les acababa de pedir. Y a pesar de lo desalentador que este conocimiento tenía que ser para El, el Hijo vió en ello los misteriosos caminos del Padre, que en su eterno decreto lleva los hombres a la salvación. Los judíos se escandalizaron por las palabras de Jesús. Conocían los padres de Cristo y El afirmaba ser del cielo. Jesús reprendióles su duda y contradicción, pero no les dió solución alguna a sus dificultades. En último término, la fe en El es una gracia obrada por el Padre, que se da por mediación del Hijo; por eso, el que cree en Jesús, tiene vida eterna; quien en El no cree, permanece en la muerte.

En la anterior conversación con sus oyentes Jesús se ha caracterizado claramente a sí mismo como pan de vida. La manera como el hombre se apropia este pan de vida es la fe. Nuevamente resume Jesús todo lo que acaba de decir del pan de vida y lo compara con el pan que comieron los Padres en el desierto.

Dice: "En verdad, en verdad os digo. El que cree tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida; nuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que el que come no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre" (47-51 a).

Por lo que se refiere a una interpretación global de la parte del discurso de Jesús expuesta hasta aquí, es entendida a menudo como preparación del discurso eucarístico que comienza en el versículo 51 b. Según esta interpretación, el discurso eucarístico es el fin al que se ordena la parte precedente. Esto significa que los versículos 26-51a no hay que entenderlos de la misma Eucaristía, pero sí de Jesús como verdadero pan de vida, que se recibe por la fe. De este modo todo el pasaje está en correlación con aquellos otros en que Jesús se presenta como la luz del mundo (8, 12; 9, 5; 12, 35. 46), como verdadera vid (15, 1), como camino (14, 3), como fuente de agua viva (4, 10), como buen pastor (10, 11. 14). A favor de una tal interpretación habla también el hecho que la fe de que se hace mención en los versículos 26-51a no parece ser preparación para la recepción del pan celestial eucarístico, sino la manera

en que el hombre se une a Cristo. En el versículo 35a, la fe es colocada en el mismo plano e igualada al ir a Cristo.

Puesto que los versículos 26-51a no pueden ser tomados como referidos inmediatamente a la Eucaristía, se los ha considerado en nuestros días como un discurso independiente, que no fué pronunciado junto con la extensa disertación eucarística de los versículos 51a-58. Fué el evangelista quien unió los dos discursos, por razones de parentesco ideológico (Lagrange).

Incluso al dividir todo el discurso en una parte no eucarística y en otra eucarística se puede ver la unidad temática, que es la siguiente: Jesús es el verdadero pan celestial. En la primera parte (no eucarística) es el verdadero pan celestial por ser el salvador enviado por el Padre. Este pan celestial es gustado por la fe. La fe obra la vida eterna. Además, El es pan celestial de un modo especial, al dar a sus creyentes en la Eucaristía su carne y su sangre como alimento y darles así la vida eterna. Esta comunión no es lo mismo que la fe, pero no puede existir sin la fe si quiere ser salutífera. La comunión de la carne y de la sangre de Jesucristo es más bien un modo en el que se realiza la fe en El. Así, mientras que la fe tiene en la primera parte del discurso una estructura directamente personal, el comer y beber que se pide en la segunda parte tiene una estructura real, que es configurada por lo personal, porque el comer y beber la cosa santa, a saber, la carne y sangre de Jesucristo, es expresión y ahondamiento de la fe viva.

La parte comprendida entre los versículos 51b-59 trata clara e inequívocamente del convite sacramental. Dice así: "Y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo. Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo, no como el pan que comieron los padres y murieron: el que come este pan vivirá para siempre. Esto lo dijo enseñando en una sinagoga de Cafarnaúm."

Las palabras de Cristo acerca de la comunión de su propia carne y sangre no pueden ser entendidas simbólicamente, sino que

hay que tomarlas literalmente. En el requerimiento a que coman su carne y beban su sangre no puede verse una simple recomendación a adueñarse y recibirle a El por medio de la fe espiritual. Identifica el pan que da vida eterna con su carne, que será entregada para que el mundo tenga vida. Estas palabras están en perfecta consonancia con las que pronunció en la última Cena, según *I Cor.* 11, 24: “Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros.” La preposición “por” alude a la muerte que El tiene a la vista, porque esta partícula en el lenguaje ordinario de la primitiva Iglesia aparece en una tal conexión (por ejemplo, *Mc.* 14, 24; *Lc.* 22, 19; *Rom.* 8, 32; *I Cor.* 12, 3; *Gal.* 1, 4; 2, 20). Pueda que sorprenda que Jesús no haya usado la expresión cuerpo (*soma*) como en todos los relatos de la institución, sino la palabra carne (*sarx*). Se explica esto en el Evangelio de San Juan debido a que en la lucha contra ciertos herejes de la época (los docetas) se hacía necesario una especial acentuación de la aparición de la carne de Cristo. La palabra *soma* la emplea para el cuerpo muerto (*Io* 2, 21; 19, 31, 38, 40; 20, 12).

Esta conclusión nos permite una inteligencia todavía más clara del testimonio eucarístico de San Juan. San Juan piensa en el Cristo vivo cuando habla de comer la carne y beber la sangre de Cristo. Con el vocablo *sarx*, que emplea en este contexto, alude directamente a la persona histórica de Jesús (*Io* 14; *I Io* 4, 2; *II Io* 7). Además, en ella identifica Cristo de modo expreso su carne y sangre, que con tanta insistencia recomienda sean gustados, con su persona. “El que me come vivirá por mí” (*Io* 6, 57).

Los judíos entendieron literalmente las palabras de Jesús. Comprendieron que con ellas se les pedía comieran realmente su carne. Precisamente esta inteligencia dióles motivo para tomar como sin sentido el requerimiento de Jesús. De haberlas entendido simbólicamente, hubiera surgido otra dificultad para ellos. Por que en sentido figurado, la expresión “comer la carne de un hombre” significa tanto como perseguir con rabia a uno hasta la muerte (cfr. *Ps.* 14 [13] 4; 27, 2; *Miq.* 3, 3; *Is.* 49, 26). Jesús, al responder, no corrige la interpretación literal, sino que la confirma, aumentando el escándalo de sus palabras al emplear en lugar de “comer” otra expresión más dura, que no puede entenderse simbólicamente: la de “masticar” (*trogein*); además, al comer su carne añade el beber su sangre. Esto último tuvo que resultar especialmente escandaloso para los oídos de los judíos, pues a los judíos les estaba prohibido beber la sangre (*Lev.* 17, 10 sigs.; *Act.* 15, 20), y además el que excluyera

de la posesión de la vida al que no coma su carne y beba su sangre; por el contrario, el que gusta la carne y sangre de Cristo tiene vida eterna y la seguridad de corporal resurrección. La repetición de sus primeras palabras acerca del comer su propia carne y la amenaza de muerte para los que no participen de este alimento, sorprende tanto más cuanto que Jesús no acostumbra aclarar sus palabras en caso de ser mal entendidas (*Io* 3, 4-6; 4, 11-16; 8, 32-34, 56-58; 11, 11-14; *Mt.* 16, 6-11; 19, 24-26). En nuestro caso repite sus palabras con énfasis especial, como no hace en parte alguna cuando la incredulidad de sus oyentes se funda en la obstinación (por ejemplo, *Io* 8, 56-59; *Mt.* 9, 2-6).

El final del capítulo sexto habla del éxito de la promesa eucarística entre sus oyentes. “Luego de haberlo oído, muchos de sus discípulos dijeron: Duras son estas palabras. ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que murmuraban de esto sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí donde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que había de entregarle. Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado de mi Padre. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron, ya no le seguían, y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis iros vosotros también? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Santo de Dios. Respondióle Jesús: ¿No he elegido yo a los doce? Y uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas Escariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle.” Jesús conoce el escándalo que sus palabras causaron no sólo entre los judíos, sino también entre muchos de sus discípulos. Acepta sus dificultades, pero no sale al paso de los incrédulos y obstinados judíos. A sus discípulos quiere hacerles más fácil la fe. Les remite al futuro. Ellos le verán retornar al cielo de donde ha venido. Entonces no les será ya ocasión de escándalo su palabra. Les da una segunda ayuda al librarles de una falsa inteligencia y conducirles a la verdadera. No tienen que comer su cuerpo privado de espíritu, sino su cuerpo vivificado y saturado de espíritu, glorioso y resucitado, poseído por el Espíritu Santo. Cuerpo que será distinto al que ahora tienen a la vista. El existirá de otra manera. No retira las palabras acerca de la comunión de su carne y sangre, sino que

explica solamente su sentido. El modo de existencia del cuerpo de Cristo, obrada por el Espíritu Santo, en la que será comido, trasciende toda experiencia humana. Para poder entender y aceptar las palabras de Cristo es menester desprenderse de todos los criterios intramundanos de valoración y juicio, hace falta una entrega y abandono por la fe del hombre a Cristo. Tan sólo el que cree en Cristo comprenderá el significado de sus palabras. La fe es obrada por Dios. El Espíritu Santo es quien une a los creyentes con Cristo, el que crea la comunidad de ser y vida entre el hombre y Cristo, en la cual el hombre puede pensar como Cristo y entender, por tanto, sus palabras. De aquí que no sea extraño que los oyentes de Cristo, que no creyeron en El, los judíos y una parte de los discípulos, no entiendan sus palabras y no las soporten y se aparten de El. Nada resulta más difícil al hombre orgulloso que renunciar a ser él mismo la medida de todo. Incluso cuando es el amor divino el que le sale al paso de un modo que supera a todo lo humano, se aparta de El, porque no puede tolerar tener que pensar en Dios. El final del relato eucarístico está acompañado de una profunda tristeza, porque precisamente las palabras del más desinteresado y dado amor sean ocasión de caída y muevan a traición. Las palabras del Señor fuerzan a los oyentes a una decisión, a estar dispuestos a entregarse sin reserva al Dios que se les manifiesta, o a querer determinar, según su sabiduría humana, lo que Dios pueda o no pueda hacer. Es una decisión de vida y muerte.

Las palabras de Cristo son, por tanto, incomprensibles e increíbles para todo hombre que viva y piense dentro de un marco intrahumano e intramundano. Creer en ellas presupone creer en el mismo Cristo, en El, que no es de la tierra, sino del cielo, y que sobrepasa a todo lo terreno. Sólo El, que tiene poder sobre la naturaleza y sobre su propio cuerpo, puede transformar su carne y sangre y darles una forma de existencia tal que puedan servirnos de comida y bebida. Quien no reconozca en Cristo poder divino, quien no se entregue por la fe al misterio de su ser divino, rechazará sus palabras. El que sólo ve en Cristo a un poderoso y noble de este mundo, tomará sus palabras simbólicamente, porque no son posibles en la boca de un simple hombre.

Aunque la interpretación eucarística de *Io. 6, 51 b* (48) es totalmente segura y la enseñan así actualmente tanto los comentaristas bíblicos católicos como protestantes, la historia de la interpretación del capítulo sexto de San Juan nos muestra no pocas fluctuaciones. Ya en San Ignacio

de Antioquía, en la *Doctrina de los doce Apóstoles*, en San Justino mártir y en San Ireneo está indicada la interpretación eucarística, que está en un segundo plano en Clemente de Alejandría y Orígenes a causa de su tendencia a lo alegórico. Nuevamente es señalada por Gregorio Niseno, Cirilo de Jerusalén, Cirilo de Alejandría y, sobre todo, por San Juan Crisóstomo. San Agustín también lo interpreta así. La abandonan algunos teólogos de los siglos XIV y XV porque sirvió de fundamentación para Wicleff y los husitas a su doctrina de la comunión bajo las dos especies. Los Padres del Concilio Tridentino estaban divididos en sus opiniones. El Concilio evitó una decisión. En la lucha postridentina contra los que privaban de contenido al misterio eucarístico fué abandonándose pronto, y de modo general, la interpretación simbólica.

III. *El testimonio de los relatos de la institución*

1. En la última Cena cumplió Cristo lo que había prometido en Cafarnaum durante el culto divino. Los relatos acerca de la institución de la Eucaristía ya han sido expuestos antes. Según ellos Cristo acompañó el ofrecimiento del pan y del vino con aquellas palabras que, según el sentido, rezan lo mismo en todos los relatores neotestamentarios: Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre.

Para la inteligencia de las palabras indicativas será provechoso intentar determinar el texto originario arameo. Jesús empleó para significar el pan la expresión *basar*, y *dam* para el cáliz. Estos conceptos no pueden explicarse según la psicología griega, sino que deben ser entendidos según la antropología hebrea, o bíblica, según la cual el cuerpo y el alma representan la realidad única y viva del hombre. A ello hay que añadir el aspecto soteriológico. Así, la palabra *basar* significa la figura visible y viva de nuestro ser en su aspecto creado y caduco. También la palabra "sangre" significa, a fin de cuentas, la persona concreta, viva en su aspecto visible. La sangre de Abel clama al cielo (*Ge.* 4, 10). Porque la sangre es la sede de la vida, mejor, la vida hecha realidad, y toda la vida proviene de Dios y a Dios pertenece (*Num.* 16, 22; 27, 16), no tiene el hombre poder para disponer de ella. No es lícito, por tanto, consumirla. Está reservada, por tanto, como medio de expiación para el altar (*Lev.* 17, 10 sig.). Es algo, por consiguiente, apropiado para representar la entrega a Dios.

Con estas observaciones hemos alcanzado un primer grado de la interpretación. Gracias a nuestra investigación podemos decir que Jesús, con las expresiones "cuerpo" y "sangre" se ha significado a sí mismo, a su persona en su figura corpórea y humana. Por tanto, Cristo se dió a sí mismo a los suyos en la última Cena como

propio obsequio de despedida. Observa J. Betz que con ello Jesús se ha caracterizado a sí mismo como punto central de la fe y del culto, cosa que ya hizo no sólo en aquella hora de despedida, sino durante toda su vida. "Porque cuando se dió el alto título de Hijo del hombre, cuando se sabe superior a los mayores bienes religiosos del AT, superior al templo (*Mt.* 12, 6), al sábado (*Mt.* 12, 8), a Moisés (*Mt.* 5, 21-48), a Salomón (*Mt.* 12, 42) y a Jonás (*Mt.* 12, 41), incluso superior a los ángeles (*Mt.* 24, 36); cuando aspira a ser el único poseedor y mediador del verdadero conocimiento de Dios (*Mt.* 11, 27), el último e insuperable enviado de Dios (*Mc.* 12, 6), piedra angular sobre la que todo descansa (*Mc.* 12, 10); cuando ve venido el reino de Dios en su persona (*Mt.* 12, 28) y se aplica a sí mismo las palabras viejotestamentarias sobre Yavé (*Mt.* 11, 5. 10), y sólo concede al Padre un auténtico conocimiento de su ser (*Mt.* 11, 27); y cuando, finalmente, hace depender la entrada en Dios de la confesión del hombre a El y del conocimiento de este hombre (*Mt.* 10, 32), y el conquistar la vida de su imitación (*Mt.* 16, 24 sig.), ha revelado con ello su Yo como contenido fundamental de su doctrina. Esto es lo que anuncian las autoafirmaciones del Cristo de San Juan. La salvación del hombre depende de su persona. ¿Acaso podía en su Testamento, durante la última Cena, poner otra cosa de manifiesto" (*o. c.*, pág. 50).

El segundo grado de nuestra interpretación nos dice lo siguiente: Cristo se da a los suyos en la figura del pan y del vino. Cuando se ofrece a sí mismo como el propio don de la cena, lo hace ofreciendo pan y vino. En sus palabras creadoras explica que este pan, que El tiene en las manos, y que el vino, que está en el cáliz, es su mismo ser, que El da a sus discípulos. Igual que el padre de familia en la cena pascual judía tenía que explicar el sentido de los manjares servidos en la mesa, explica Cristo el sentido del pan y del vino. Lo que El dice tiene validez para las cosas que El ofrece, no sólo de la acción, del sacrificio. No hace referencia sólo a un acontecimiento, como así afirman algunas explicaciones protestantes, sea éste toda la acción de la cena, sea sólo algún acto destacado, sino a una cosa. Esta cosa es el pan y el vino que tiene en las manos y que los discípulos ven en sus manos. De esta cosa dice que es su cuerpo y su sangre. Y puesto que según las normas culturales viejotestamentarias la sangre tiene carácter sacrificial, queda expresado con las palabras del vino de Jesús a la vez el carácter sacrificial de su sangre, esto es, un acontecimiento. Pero este acontecimiento tiene como soporte una cosa. Jesús aseguró, por

tanto, que se ofrece a sí mismo a los discípulos con el cáliz, y esto como objeto de sacrificio.

Al escuchar los discípulos las palabras de la cena, no estaban sin preparación para ello. Se acordaron de la promesa de la Eucaristía. Lo que Cristo les había prometido, lo cumplió ahora. Por muy incomprensible que sean para los sentidos e inteligencia humanos las palabras de Cristo, no hay razón alguna para no entenderlas literalmente. Porque proceden—y esto hay que resaltarlo otra vez—de la boca de Jesús, del Dios-hombre, superior a toda medida humana, quien con sus palabras significa precisamente lo que las palabras expresan. No tenemos derecho alguno a corregir sus palabras y tergiversar a nuestro gusto su sentido. Hay que tomarlas tal como son. Cuando Cristo dice que lo que tiene en las manos es su cuerpo, no está permitido decir que lo que tiene en las manos significa su cuerpo. Su palabra no puede reducirse a un símbolo o imagen. Es verdad que Cristo habla también con imágenes y parábolas; pero cuando así lo hace lo indica ya expresamente, diciendo que habla en parábola (cfr. por ejemplo, *Mt.* 13, 3. 10-18; 24, 31-34; *Mc.* 4, 2. 10-13; 26. 30-41; *Lc.* 8, 4-15), o resulta esto evidente a los oyentes sin más, de forma que es imposible todo malentendido. Así, por ejemplo, las palabras de Cristo de que El es la puerta o la vid (*Lc.* 10, 7; 15, 1; *Mt.* 13, 37-39; *I Cor.* 10, 4; *Gal.* 4, 24; *Apoc.* 1, 20). Nada indica en la última Cena una significación simbólica del acontecimiento o de las palabras de Jesús.

Incluso en el caso de no concederse demasiada importancia a la cópula “es”, hay que señalar que Cristo se sirvió de ella, a pesar de disponer de gran número de otras palabras, de haber querido decir: Esto significa mi cuerpo. Es de suma importancia el hecho de que Cristo, aquello que ofreció a sus discípulos, lo designó como sangre del sacrificio (cfr. § 246, 2). Sería un gran malentendido entre la Alianza viejo y neotestamentaria si la primera hubiera tenido lugar por la sangre, la segunda por un mero símbolo de sangre. Las dos veces la sangre es el vínculo que une a Dios y al hombre. Y si se toman las palabras del vino literalmente, hay que tomar naturalmente también las palabras del pan en su texto escueto. Además, ¿cómo podía servirse Cristo de una tal expresión si no hubiera querido ser entendido al pie de la letra? Si en cualquiera la muerte revela los últimos deseos y pensamientos, también Cristo en el momento, largo tiempo deseado, de confiar a los suyos lo que más íntimamente le movía, de revelarles la sobreabundancia de su amor, tenía que hablar no en oscuras imágenes, sino clara y expresamente.

Los discípulos y la Iglesia tenían derecho a tal explicación. Sus oyentes eran hombres sencillos, que comprendían lo palpable y gráfico, y no tenían ninguna inclinación a entender simbólica y espiritualmente lo que oían, sino literalmente. Así ocurrió ya al prometerles el misterio en Cafarnaum. Y precisamente, en aquel entonces, la interpretación literal había sido causa de escándalo. Jesús sabía todo esto. En aquella hora que tenían lugar las últimas cosas de su vida, en que establecía la Nueva Alianza divina, en que se preparaba para dejar al mundo y depositar en las manos de los apóstoles la continuación de su misión, no podía obrar y hablar de modo que diera ocasión a un terrible error que durara a través de los milenios. El, el Dios-hombre, que leía en los corazones de sus discípulos y miraba en los siglos y milenios futuros, no podía concluir su vida terrena con un tamaño engaño y fundar el porvenir de la Iglesia en malentendido tan grande. Si no hubiera querido ser entendido literalmente, habría tenido cuidado de que sus discípulos comprendieran sus palabras como imagen y parábola. De hecho no impidió la inteligencia literal, sino que la provocó. No tomar sus palabras seriamente significa no tomar en serio a El mismo, al ser divino-humano.

Lo que Cristo dice es una afirmación ontológica en el ámbito del misterio. Su significación se refiere a la sustancia del pan y vino. Contra esta tesis objetan algunos representantes de la teología protestante que una tal explicación eucarística es una "materialización" no bíblica. La Biblia no conoce ninguna manera de pensar ontológica-metafísica, sino solamente una actualística-soteriológica. No pregunta por el ser, sino por lo que ocurre. Es la filosofía griega la que se plantea la cuestión del ser. La explicación católica de la Eucaristía significa, por tanto, una helenización de la doctrina bíblica de la Eucaristía. Contra esto hay que decir: Es cierto que la Sagrada Escritura no usa los términos filosóficos de los griegos y que su interés primordial no es ontológico, sino soteriológico. Como veremos, en la Eucaristía juega también un papel importantísimo el del acontecimiento, a saber, del hecho sacrificial. Pero la Escritura atestigua, sin servirse para ello de los términos filosóficos, que la realidad mentada con las palabras pan y vino es el cuerpo y sangre de Cristo. Aunque no conoce el concepto de sustancia, naturalmente sabe que hay cosas, que nosotros llamamos pan, vino, cuerpo y sangre. Sería una unilateralidad monstruosa si en la Escritura sólo viéramos relatos de hechos y no afirmaciones reales. Igualmente sería una fe en la letra muerta, si se quisiera prohibir que las

proposiciones de la Escritura significan otra cosa que la de su texto propio. Cuando en la teología católica se enseña que la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo está presente, se trata de una formulación lingüística de aquellos hechos atestiguados por la Escritura, hecha con ayuda de la filosofía griega.

Con esta acentuación de la presencia real no se menoscaba la significación e importancia del carácter de hecho de la Eucaristía. De ello se hablará más adelante. La presencia real hay que ponerla de relieve de modo especial, porque es el fundamento de la presencia actual.

Si se objetase que es indigno de Dios ofrecerse a los suyos en figura de pan y vino, porque esto contradice su ser espiritual, hay que señalar a este respecto que los propósitos de Dios tienden manifiestamente a materializarse y hacerse cuerpo. Esto se pone muy de manifiesto en la encarnación del Hijo de Dios. La Eucaristía es su consecuencia y efecto.

2. Vemos también que los fieles celebraban la Eucaristía a la vez como misterio de la carne y de la sangre de Cristo. El primer testimonio expreso de que la primitiva comunidad eclesiástica ofrecía en la Eucaristía el cuerpo y la sangre y que pertenece a los escritos neotestamentarios se debe a San Pablo. Son los pasajes que citamos antes de la primera epístola a los corintios. San Pablo amonesta a los corintios en el capítulo 10 ante una exagerada seguridad de salvación. Alude a los fieles del AT, que comieron todos un manjar espiritual y celestial y tomaron una bebida del cielo, y, sin embargo, perecieron. La bebida milagrosa que recibieron era agua natural, pero milagrosa, que brotó de la roca golpeada. Recibieron esta agua, porque ya estaba entre ellos el Cristo. La roca que manaba agua era, pues, representación simbólica del Cristo que acompañaba a su pueblo con su poder milagroso. Los creyentes del VT tenían, por tanto, una a modo de Eucaristía, que les dió Cristo. Pero a pesar de ello no escaparon al castigo de Dios. La amonestación del Apóstol sólo tiene sentido pleno, si se refiere a un alimento celestial que comían sus lectores de Corinto. También este alimento proviene de Cristo. Mejor dicho, en cierto sentido es Cristo, pues en él Cristo se da a ellos (*I Cor.* 10, 1-13).

Con mayor claridad se expresa el Apóstol en la advertencia que les hace a continuación acerca de la participación en los convites sacrificales paganos. El cáliz de bendición y el pan de la liturgia eucarística cristiana obran la comunidad con la sangre y con el

cuerpo de Cristo, al modo como el participar del sacrificio pagano obra la comunidad no con los ídolos, que no existen, sino con los demonios que se ocultan tras de ellos. El hombre entra en contacto con los demonios, porque participa en el sacrificio que se les ofrece. La participación en el cáliz y en el pan de bendición, que obra la comunidad con el cuerpo y la sangre de Cristo, significa también participación en el sacrificio, a saber, en el sacrificio cristiano. Este es, según *I Cor.* 5, 7, Cristo. El es la hostia, que se inmola en el sacrificio cristiano. Se puede, por tanto, completar el pensamiento del apóstol añadiendo que la comunidad con el cuerpo y la sangre de Cristo tiene lugar por ser el cuerpo y la sangre de Cristo las ofrendas que recibe el que participa de este convite (*I Cor.* 10, 14-22).

Que ésta sea realmente la fe del Apóstol y también la de los corintios, a quienes nada nuevo enseña, sino que sólo les recuerda lo viejo, se concluye con toda claridad de la advertencia del capítulo 11. En esta amonestación a comportarse bien en la celebración eucarística recuerda San Pablo a los corintios que no se trata aquí de un convite corriente. Lo que aquí se come es el cuerpo de Cristo, lo que se bebe es la sangre de Cristo. Al gustar del cuerpo inmolido y de la sangre derramada tenemos una actualización de la muerte de cruz. El que celebra la Eucaristía anuncia por medio de las obras que Cristo ha muerto; aquí está su cuerpo y su sangre. Y porque el pan eucarístico es el cuerpo del Señor y el vino eucarístico es la sangre del Señor, deben prepararse los corintios para celebrar este banquete. El que lo come como un convite ordinario olvida que gusta el cuerpo y la sangre de Cristo. Abusa de las cosas sacratísimas. Se hace reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Le espera un juicio divino de condenación. El Apóstol explica los sorprendentes y numerosos casos de enfermedad y muerte en Corinto como consecuencia de la comunión indigna. Tan sólo una seria conversión de los corintios les guardará de tales castigos temporales, signos de la ira divina y medios de castigo en la mano de Dios, por medio de la cual los hombres se verán libres de la definitiva condenación al fin de los tiempos. La alusión del Apóstol a los pecados de la comunión indigna es un testimonio indiscutible de la realidad del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía.

IV. *La fe de la Iglesia primitiva*

De muchas formas se atestigua y se canta el cuerpo y la sangre de Cristo como contenido del sacramento eucarístico *en la época pos-apostólica y en los siglos siguientes*. Se dan gracias a Dios por este gran don de gracia. Se defiende el misterio eucarístico contra toda inteligencia errónea con la fuerza con que la comunidad de los fieles de Cristo afirma su propia existencia. Vamos a mostrar la fe en el misterio eucarístico y su defensa contra el error con algunos ejemplos. Desde un principio la celebración eucarística estuvo en el punto central de la realización de la fe en la Iglesia.

Ignacio de Antioquía escribe a los de Filadelfia (4): "Esforzaos, por lo tanto, por usar de una sola Eucaristía, pues una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre, un solo altar, como un solo obispo junto con él presbíteros y con los diáconos consiervos míos, a fin de que cuanto hagáis todo lo hagáis según Dios." Los que niegan la verdadera naturaleza humana de Cristo no admiten tampoco, por consiguiente, la Eucaristía. "De la Eucaristía y de la oración se apartan los docetas, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la que padeció por nuestros pecados, la que por bondad resucitó el Padre. Por tanto, los que contradicen al don de Dios litigando se van muriendo" (*A los de Esmirna*, 7, 1).

Ireneo echa en cara a los herejes gnósticos: "¿Cómo, pues, dicen también que la carne se corrompe y no participa de la vida, la carne que es alimentada por el cuerpo y sangre del Señor? Por lo tanto, o cambien de parecer o dejen de ofrecer las cosas dichas... Porque así como el pan que es de la tierra, recibiendo la invocación de Dios ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituída por dos elementos, terreno y celestial, así también nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, no son corruptibles, sino que poseen la esperanza de la resurrección para siempre" (*Contra las herejías* 4, 18, 15). "Cuando, pues, el cáliz mezclado y el que ha llegado a ser pan reciben el Verbo de Dios y se hacen Eucaristía, cuerpo de Cristo, con las cuales la sustancia de nuestra carne se aumenta y se va constituyendo, ¿cómo dicen que la carne no es capaz del don de Dios, que es la vida eterna, la carne alimentada con el cuerpo y sangre del Señor y hecha miembro de El?" (*Contra las herejías* 5, 2, 3).

Orígenes entiende que el comer la carne y beber la sangre de Cristo es la recepción de su palabra. Con todo, su doctrina no convierte a la Eucaristía en símbolo vacío de sentido. La recepción de su verdadera carne y sangre es el camino para la comunidad con la Palabra eterna del Padre. La recepción de la Palabra eterna tiene lugar al oír la Escritura. De este modo existe una vital conexión entre Eucaristía y Escritura.

"*Este es mi cuerpo*. Este pan que el Dios Verbo confiesa ser su cuerpo es la palabra que alimenta las almas, palabra procedente del Dios Verbo y pan del pan celestial... Y esta bebida que el Dios Verbo confiesa ser su sangre es la palabra que apaga la sed y embriaga prodigiosamente los co-

razones de los que beben, bebida que está en el cáliz, del que se ha escrito: "y cuán excelente es tu cáliz que embriaga". Y esta bebida es fruto de la vid verdadera, que dice: "Yo soy la verdadera vid, y es la sangre de aquella uva que, echada en el lagar de la pasión, produjo esta bebida." Como también el pan es la palabra de Cristo, hecha de aquel trigo que, cayendo en la tierra, dió mucho fruto. Porque no a aquel pan visible que tenía en las manos decía Dios Verbo su cuerpo, sino a la palabra en cuyo misterio debía ser partido aquel pan; ni a aquella bebida visible decía su sangre, sino a la palabra en cuyo misterio aquella bebida debía ser derramada. Porque cuerpo o sangre del Dios Verbo, ¿qué otra cosa puede ser sino la palabra que alimenta y la palabra que alegra el corazón?" (*Comentario al Evangelio de San Mateo* 85). "Conocéis vosotros, los que soléis asistir a los divinos misterios, cómo cuando recibís el cuerpo del Señor lo guardáis con toda cautela y veneración, para que no se caiga ni un poco de él ni desaparezca algo del don consagrado. Pues os creéis reos, y rectamente por cierto, si se pierde algo de él por negligencia. Y si empleáis, y con razón, tanta cautela para conservar su cuerpo, ¿cómo juzgáis cosa menos impía haber descuidado su palabra que su cuerpo?" (*Sobre el Exodo* 13, 3).

San Efrén explica en su *Cuarto sermón de Semana Santa* (4 y 6) que "Jesús tomó en sus manos al principio pan ordinario y lo bendijo, y lo signó, y lo consagró en el nombre del Padre y en el nombre del Espíritu Santo y lo partió y distribuyó a sus discípulos, uno a uno, en su bondad acogedora; al pan llamó cuerpo suyo vivo y lo llenó de sí mismo y del espíritu; y extendiendo la mano, les dió el pan que con su diestra había santificado: "Tomad, comed todos de esto que ha santificado mi palabra. Lo que ahora os he dado no lo juzuéis pan; tomad, comed y no piséis sus migajas; lo que llamo cuerpo mío lo es en verdad. Una mínima miga suya puede santificar millones y basta para dar vida a todos los que la comen. Tomad, comed con fe, sin dudar un punto de que esto es mi cuerpo, y el que lo come con fe come en él fuego y espíritu; pero si alguien lo come con dudas, para él se hace simple pan; pero quien con fe come el pan santificado en mi nombre, si es puro, puro se conserva; si pecador, es perdonado. Pero quien lo desprecia o desdeña o lo injuria, tenga por cierto que injuria al Hijo, el cual al pan llamó e hizo realmente su cuerpo." "Después que comieron los discípulos el pan nuevo y santo y entendieron por la fe que por él habían comido el cuerpo de Cristo, siguió Cristo desarrollando y dando el sacramento complejo. Tomó y mezcló el cáliz de vino; después lo bendijo, signó y santificó, declarando que era su sangre que había derramada... Cristo les mandó beber y les explicó que era su sangre la que bebían: "Esta es verdadera sangre mía, la cual se derrama por vosotros todos. Tomad, bebed de ella todos, porque es NT en mi sangre. Como me habéis visto hacer, así haréis en conmemoración mía. Cuando os reunáis en mi nombre en la Iglesia, en cualquier parte de la tierra, haced en memoria mía lo que hice: comed mi cuerpo y bebed mi sangre, Testamento Viejo y Nuevo." De la misma manera como piensa Orígenes pensaron San Basilio y San Gregorio Nacianceno: predicaron la fe en la realidad de la carne y sangre de Cristo, aunque con la tendencia a explicar esta realidad como imagen de un ser superior.

Tertuliano atestigua la fe en la realidad del cuerpo y sangre eucarísticos de Cristo de la Iglesia del norte de Africa a finales del siglo II y co-

mienzos del III. Aunque él sobrepasó la doctrina de la Iglesia de su tiempo e intentó una explicación teológica de la fe, cae en desviaciones dinámicas. Los elementos de pan y vino que perduran sin variación alguna son, según él, las formas aparentes de la carne y sangre de Cristo. Estas apariencias son distintas de la apariencia histórica y natural de Cristo. Por lo que, según él, en la Eucaristía hay que ver menos la misteriosa presencia del Cristo histórico que la misteriosa virtud de Cristo. Tertuliano ha ejercido una influencia permanente en la doctrina eucarística de San Cipriano. San Cipriano, hablando a los que se matuvieron firmes durante la persecución, les dice: "...vuestras manos inmaculadas, que no estaban hechas sino a obras divinas, resistieron a los sacrificios sacrílegos; las bocas santificadas con los manjares celestiales después del cuerpo y la sangre del Señor rechazaron el contagio de lo profano y los restos de los sacrificios de los ídolos" (*Acerca de los caídos* 2). Más claramente expone la conexión entre martirio y Eucaristía en su *Carta* 63, n. 15: "Y ¿cómo podemos derramar la sangre por Cristo los que nos avergonzamos de beber la sangre de Cristo?" Su fe en la realidad del cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía hace que exija una penitencia muy rigurosa (*Acerca de los caídos*, 15. 16. 22) y es el motivo de su actitud negativa frente a la herejía (*Acerca de la unidad de la Iglesia católica* 8; *Carta* 75, 21). Aunque San Cipriano atestigua de tal modo la fe en la realidad del cuerpo y sangre eucarísticos de Cristo, esto es, en la mismidad del Cristo eucarístico con el histórico, con todo, acentúa todavía mucho más que Tertuliano, al explicar la fe, la virtud salvífica de la Eucaristía, de forma que la realidad del cuerpo y sangre de Cristo queda en segundo lugar. Es peculiar de él la concepción de que la virtud salvífica de la Eucaristía depende de la palabra del sacerdote que vive en paz con la Iglesia. Las doctrinas de Tertuliano y San Cipriano sobreviven en San Agustín.

San Cirilo de Jerusalén dice en su *Catequesis mistagógica cuarta* (sección 1): "Y esta enseñanza del bienaventurado Pablo es apta para convencerlos plenamente en lo referente a los divinos misterios, de los que, habiendo sido juzgados dignos, habéis sido hechos concorpóreos y consanguíneos de Cristo". Habiendo, pues, pronunciado El y dicho del pan: "Este es mi cuerpo", ¿quién se atreverá a dudar en adelante?" Sección 2: "En otra ocasión convirtió con una señal suya el agua en vino, en Caná, de Galilea, y ¿no hemos de creerle cuando convierte el vino en sangre? Invitado a unas bodas corporales, hizo este milagro estupendo, y ¿no confesaremos con mayor razón que ha dado a los hijos del tálamo nupcial el gozo de su cuerpo y de su sangre?" Sección 3: "Por tanto, con plena seguridad participamos del cuerpo y sangre de Cristo. Porque en figura de pan se te da el cuerpo y en figura de vino se te da la sangre para que, habiendo participado del cuerpo y de la sangre de Cristo, seas hecho concorpóreo y consanguíneo suyo, y porque así somos hechos portadores de Cristo al distribuirse por nuestros miembros su cuerpo y sangre. Así, según el bienaventurado Pedro, somos hechos consortes de la divina naturaleza." Sección 6: "No los tengas, pues, por mero pan y mero vino, porque son cuerpo y sangre de Cristo, según la aseveración del Señor. Pues aunque los sentidos te sugieran aquello, pero la fe debe convencerte. No juzgues en esto según el gusto, sino según la fe, cree con firmeza, sin ninguna duda, que has sido hecho digno del cuerpo y sangre de Cristo."

Quien ha predicado de una manera más decidida y profunda la realidad

del cuerpo y sangre eucarísticos de Cristo en la antigüedad cristiana fué San Juan Crisóstomo. Ningún otro Padre de la Iglesia ha enseñado con igual seguridad la mismidad del cuerpo eucarístico con el cuerpo histórico de Cristo, si bien no expone con claridad suficiente la diferente manera de existencia de cada uno de ellos. Un pasaje de su *Comentario a San Mateo* aclarará su doctrina sobre la presencia real de Cristo y las consecuencias que se derivan de ello: "Hagámoslo así también en lo tocante a los misterios eucarísticos, no mirando sólo a lo que tenemos delante, sino reteniendo sus palabras. Porque su palabra es infalible y nuestro sentido es muy falible. Su palabra jamás faltó, mientras que el sentido, las más de las veces, engaña. Ya, pues, que su palabra dice: "Este es mi cuerpo", obedezcamos y creamos y veámosle con los ojos espirituales. Porque nada sensible nos dió Cristo, sino que, por medio de cosas sensibles, nada nos dió sino espiritual. Así en el bautismo, por medio de una cosa sensible, se nos da el don del agua, pero es espiritual la generación y la renovación que allí se obra. Si fueras incorpóreo tan sólo te hubiera dado estos dones incorpóreos; pero como el alma está unida con el cuerpo te da, por medio de cosas sensibles, otras espirituales. ¿Cuántos dicen ahora "quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos y su calzado"? Pues he ahí, a El ves, a El tocas, a El comes. Tú deseas ver sus vestidos, mas El se te da a Sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas y le recibas dentro de ti. Nadie, pues, se acerque con náuseas, nadie con tibieza; todos encendidos, todos fervorosos y despiertos. Por lo tanto, menester es de todo punto gran vigilancia; que no es mediano el suplicio que amenaza a los que indignamente comulgan. Considera cómo te indignas contra el traidor y los que crucificaron a Cristo. Mira, pues, no te hagas también tú reo del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos inmolaron su santísimo cuerpo, mas tú le recibes con el alma sucia después de tantos beneficios. Porque no se contentó con haberse hecho hombre, con haber sido abofeteado y crucificado, sino que además se une y mezcla con nosotros y no sólo por la fe, sino en realidad, nos hace su propio cuerpo. ¿Qué pureza hay que no deba sobrepujar el que participa de tal sacrificio? ¿Qué rayos de luz a que no deba hacer ventaja la mano que divide esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, la lengua que se enronquece con tan venerada sangre? Considera cuán crecido honor se te ha hecho, de qué mesa disfrutas. A quien los ángeles ven con temblor y, con el resplandor que despide, no se atreven a mirar de frente, con Ese mismo nos alimentamos nosotros, con El nos mezclamos y nos hacemos un mismo cuerpo y carne de Cristo." "No es obra de humana virtud la Eucaristía. El que la llevó a cabo en aquella Cena es el que también ahora la obra. Nosotros tenemos el lugar de ministros suyos; pero quien allí santifica la oblación y la transforma es El. No asista, pues, ningún Judas, ningún avaro; si alguno no es discípulo, retírese: no admite a los tales la sagrada mesa. "Con mis discípulos—dice—celebro la pascua." Esta es la misma mesa que aquélla. Porque no es que Cristo preparara aquélla y el hombre ésta, sino entrambas Cristo." En la patrística, quien enseñó con mayor claridad la transformación del pan y del vino en carne y sangre de Cristo fué San Ambrosio. En su obra *De mysteriis* dice (9, 50; 9, 52; 9, 53; 9, 54): "Tal vez digas: Otra cosa es lo que veo; ¿cómo me aseguras que recibo el cuerpo de Cristo? Y esto es lo que nos falta por demostrar. ¿De qué ejemplo, pues, echamos mano?

Demostremos que esto no es lo que tomó la naturaleza, sino lo que la bendición consagró, y que es mayor la fuerza de la bendición que la de la naturaleza, porque por la bendición incluso la naturaleza misma se cambia." A continuación aduce algunos ejemplos de transformación de la naturaleza tomados del AT y de la vida de Cristo. Sección 54: "El mismo Señor Jesús clama: "Este es mi cuerpo." Antes de la bendición de las celestiales palabras, otra es la sustancia que se nombra; después de la consagración se significa el cuerpo. El mismo llama su sangre. Antes de la consagración es otra cosa: es lo que se dice; después de la consagración se llama sangre. Y tú dices: "Amén", es decir, es verdad..." "En resumen, con estos sacramentos apacienta Cristo a su Iglesia, con los que se robustece la sustancia del alma..." (9, 55).

San Agustín resume las creencias eucarísticas de la época anterior, la fe en la realidad del cuerpo y sangre de Cristo y al mismo tiempo también la tendencia que aparece de vez en cuando de reducirla a una simple virtualidad. La Eucaristía está, según él, en el centro de la vida eclesiástica. Es el "pan cotidiano", que es refrigerio para el espíritu de los fieles y por el que participan siempre de nuevo de la comunidad vital con el espíritu de Cristo (*Sermón 51, 7*). En esta interpretación agustiniana de la Eucaristía sorprende ante todo ver que esta doctrina es una de las más oscuras y difíciles que ha escrito este Padre de la Iglesia. Es entendido como partidario del simbolismo por unos, mientras que otros le toman como realista. Durante la Edad Media se apoyaban en él tanto los espiritualistas como los realistas. En realidad no forma parte de ninguno de los dos bandos. Su postura fluctúa en una posición media. Por una parte, dice que "el pan que veis en el altar está santificado por la palabra de Dios: es el cuerpo de Cristo. El cáliz, o mejor dicho, el contenido del cáliz está santificado por la palabra de Dios: es la sangre de Cristo" (*Sermón 227*; véase también *Sermón 272*). Dignos e indignos reciben la carne y sangre de Cristo (*Explicación al Evangelio de San Juan 62, 1*). "No habéis de comer este cuerpo que veis ni habéis de beber esta sangre, que han de derramar los que me crucifiquen; un sacramento os he encomendado; entendido espiritualmente, os vivificará" (*Sobre el salmo 98, 9*). Aunque estas y otras expresiones parecidas pueden entenderse también de una especial forma de existencia del cuerpo eucarístico a diferencia del cuerpo histórico, las dificultades crecen en gran manera cuando San Agustín significa la Eucaristía como signo, como imagen, como comparación, como símbolo del cuerpo de Cristo (por ejemplo, *Contra Adim. 12, 3*; *Sobre el salmo 3, 1*; *Carta 89, 9*; *De doctrina christiana 3, 16, 24*). Para entender bien estas afirmaciones aparentemente contradictorias y darles la adecuada significación hay que tener en cuenta la posición fundamental teológico-filosófica de San Agustín. Su pensamiento es platónico. Lo invisible es para él lo propiamente real, el ser real. Lo visible es tan sólo una débil copia de lo invisible. Tan sólo es un ser aparente. Los signos sacramentales están en una zona intermedia entre las cosas sensibles y la realidad puramente espiritual, divina en última instancia. Están por encima de las cosas naturales y su debilidad óptica. Porque son en un sentido superior y con mayor potencia que las cosas simplemente naturales son copias del misterio de Dios. Ciertamente que también ellas no son más que copias, pero lo son de una manera especial. No son meras referencias o signos rememorativos. Más bien son, en un cierto sentido, lo que representan. Lo representado está

en ellos presente de alguna manera, por difícil que resulte determinar la índole de esta presencialidad. Están llenos en cierto modo de la misteriosa virtud salvífica representada por ellos. Esto también tiene validez para la Eucaristía. Es una copia misteriosa de Cristo, pero no lo es meramente en el sentido de un signo conmemorativo, sino en el sentido de una imagen llena de la misma realidad. Lo que la Eucaristía simboliza de este modo y contiene en sí es Cristo, todo el Cristo. San Agustín acentúa que el contenido de la Eucaristía no es el cuerpo natural de Cristo, sino también el cuerpo místico, la comunidad de los creyentes que están unidos a Cristo vitalmente. Porque tan sólo el Cristo que se extiende a la Iglesia es el Cristo todo. Esta doctrina agustiniana no hay que entenderla como si la comunidad de los santos fuera meramente un efecto del sacramento eucarístico. Más bien es parecida a su contenido, así como al cuerpo natural de Cristo. El *Christus totus*, Cabeza y cuerpo, es la realidad salvífica eucarística (por ejemplo, *Carta* 187, 6. 20; *Sermón* 272; 227). En los sermones sobre el Evangelio de San Juan dice: "Este alimento y bebida quiere significar la unión entre el cuerpo y sus miembros, el cual es la Iglesia santa con los predestinados, y los llamados, y los que están justificados, y con los santos glorificados, y con sus fieles. De lo cual lo primero ya se ha cumplido, esto es, la predestinación; lo segundo y tercero ya ha sucedido, y esta es la justificación; pero lo cuarto, esto es, la glorificación, ahora están en esperanza, pues en sí es cosa futura. Este sacramento, esto es, el sacramento de la unión del cuerpo y sangre de Cristo, en algunas partes se prepara en la mesa del Señor todos los días, en otras con algunos días de intervalo. Y de la mesa del Señor se come en unos para vida, en otros para condenación. Mas, por lo que depende del sacramento, para todos se ordena a la vida, para nadie a la muerte" (*Sermón* 26, 15). La Eucaristía es, por consiguiente, en un cierto sentido tanto el Cristo histórico como también el místico, la comunidad de la Iglesia, cuya Cabeza, esto es, el miembro más importante y distinguido, es Cristo glorificado. Aunque San Agustín enseña también la realidad del contenido eucarístico, el acento principal recae en el carácter de imagen del sacramento eucarístico. La Eucaristía es ciertamente una imagen llena de sentido, pero sólo una imagen de Cristo y de la comunidad de los bienaventurados. De aquí que sea una realidad de rango inferior. (Una distinción así, por respecto a la virtud real de las cosas, tan sólo es propia del pensamiento platónico, siendo extraña al aristotélico, más aún, ininteligible.) Hace alusión a una realidad superior que le trasciende, a saber, el espíritu de Cristo a la participación en El por medio de la Iglesia y los miembros de ella. La Eucaristía se ordena a una profundización y aseguramiento de la comunidad entre Cristo y la Iglesia. Esta unión alcanza inmediatamente la naturaleza humana de Cristo, mediante la Palabra eterna del Padre. Comenzada en la tierra, tiene su acabamiento en el cielo. Por esto la Eucaristía contiene la esperanza futura de la Iglesia. La unión con Cristo es, por consiguiente, lo más importante. Este "fruto" es el sentido propio, más profundo y último de la Eucaristía. De esta manera el peso principal recae en la virtud salvífica del sacramento eucarístico. Es verdad que es cuerpo y sangre de Cristo, pero es ante todo garantía e imagen de una realidad superior, de la vital unidad personal entre Cristo y la comunidad de Cristo. Durante la lucha contra los donatistas distinguió fuertemente San Agustín entre la realidad eucarística y la causalidad eucarística. Se vió obligado a hacer esta distinción debido a la objeción

donatista de que ellos tenían los sacramentos y, por tanto, vivían en comunidad con Cristo, como los católicos. San Agustín respondió que, ciertamente, tenían los signos sacramentales, pero no el espíritu a que éstos hacen referencia. El que no pertenece a la Iglesia, al cuerpo de Cristo, tampoco puede tener parte del espíritu de Cristo. Ya que éste sólo está allí donde esté el cuerpo de Cristo. Por eso nada aprovechan los sacramentos al que está separado de la Iglesia. La virtud salvífica de la Eucaristía tan sólo puede sentirla aquel que, como miembro de la Iglesia, se entrega a Cristo. Los sacramentos concedieron un derecho a la salvación. Son la condición previa para la salvación. Pero la salud garantizada por los sacramentos será participada sólo por aquel que, como miembro de la Iglesia, se esfuerce con esfuerzo ético-personal. La realidad del cuerpo y sangre de Cristo pierde aquí mucha importancia. Durante la lucha contra Pelagio, que sobrevaloraba el esfuerzo moral del hombre y menospreciaba la gracia, puso San Agustín de relieve de modo especial y con más insistencia la realidad salvífica que yace en la Eucaristía. Pero incluso en este tiempo estimaba más el valor salvífico, la causalidad de la Eucaristía, que la realidad del cuerpo y sangre de Cristo. San Agustín no ve en la Eucaristía ante todo la presencia vital-personal de Cristo, sino antes bien la objetiva presencia impersonal del cuerpo y sangre de Cristo. Jamás se limitó a ver sólo el sacramento y su realidad, permaneciendo en el misterio del Cristo presente, sino que miró siempre más allá, hacia la salud simbolizada y garantizada por él, a la comunidad vital con Cristo. Por esto no era posible desarrollarse una piedad propiamente eucarística, un vital sentirse lleno de la presencia del cuerpo y sangre de Cristo.

Aunque la doctrina eucarística agustiniana aparentemente contiene elementos contradictorios, hay que considerarla como formando una gran unidad.

San Agustín acentúa, por una parte, la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo con una claridad e intensidad inconfundibles. Pero por importante que valore esta presencia, no es ella lo último para él. Superior a ella, en su opinión, es la presencia actual de Cristo, es decir, la presencia del espíritu de Cristo, del Espíritu Santo, que transformó el cuerpo de Cristo, en el Gólgota, en hostia pura. Su fundamento es la presencia sustancial. La fe en el sacramento eucarístico sería, según ello, incompleta si se quedara en la presencia sustancial en lugar de pasar a la presencia actual. Alcanza su plenitud cuando el que cree en la presencia del cuerpo y sangre de Jesucristo participa por la fe en el sacrificio de la cruz.

San Agustín resume con claridad su doctrina en un sermón encontrado por G. Morin (*Sermones inediti* 462 y sig.): "Vosotros, regenerados a una nueva vida, por la cual sois llamados infantes; vosotros, principalmente los que ahora veis esto, oíd, como os tengo prometido, qué quieren decir estas cosas. Y oíd vosotros también, fieles que estáis acostumbrados a ver esto; bueno es recordarlo, no sea que caiga en olvido. Lo que veis en la mesa del Señor, en cuanto a la apariencia de las cosas, estáis acostumbrados a verlo en vuestras mesas; es el mismo aspecto, pero no es la misma virtud. Porque vosotros sois los mismos hombres que erais, ya que no habéis traído caras nuevas. Y, sin embargo, sois nuevos; viejos, por la apariencia del cuerpo; nuevos, por la gracia de la santidad, como esto es nuevo. Todavía, como veís, es pan y vino; llega la santificación y aquel pan será el cuerpo de Cristo y aquel vino será la sangre de Cristo. Esto hace

el nombre de Cristo, esto hace la gracia de Cristo: que se vea lo mismo que se veía y que, sin embargo, no valga lo que valía. Pues si comiera antes, llenaría el vientre; al comerlo ahora, edifica el espíritu.

Y así como cuando fuisteis bautizados, y más aún, antes de ser bautizados, os hablamos el sábado del sacramento de la fuente, en la cual habíais de ser bañados y os dijimos lo que no creo habéis olvidado: que el valor del bautismo fué y es ser sepultura con Cristo, diciendo el Apóstol: "Pues estamos consepultados con Cristo por el bautismo en la muerte, para que, como él resucitó de los muertos, así también nosotros caminemos en una nueva vida" (*Rom. 6, 4 y sig.*), así ahora, no por invención nuestra, ni por presunción nuestra, ni con argumentos humanos, sino con autoridad del Apóstol, es necesario recomendaros e insinuaros qué es lo que recibisteis o vais a recibir. Y ahora oído brevemente al Apóstol o, mejor, a Cristo por el Apóstol, lo que dice hablando del sacramento de la mesa del Señor: "Uno es el pan, un cuerpo somos la muchedumbre" (*I Cor. 10, 17*). He aquí todo, pronto lo dije; pero pesad las palabras, no os contentéis con contarlas. Si contáis las palabras, es breve; si las pesáis, es grande." Un solo pan, dijo. Serán cuantos sean los panes que allí se pusieren, son un solo pan; cuantos panes haya habido hoy en los altares de Cristo por todo el orbe de la tierra, son un solo pan. Pero ¿qué es un solo pan? Lo expuso brevísimamente: "Un cuerpo somos la muchedumbre." Este pan, cuerpo de Cristo, del cual dice el Apóstol, hablando a la Iglesia: "Vosotros sois el cuerpo y miembros de Cristo. Vosotros sois eso mismo que recibís por la gracia con que habéis sido redimidos; lo suscribís cuando respondéis: "Amén". Esto que veis es el sacramento de la unidad." Véase para la exposición de la obra agustiniana sobre la Eucaristía la obra de K. Adam *Die Eucharistielehre des hl. Augustinus*, 1908, y el artículo, del mismo autor, "Zur Eucharistielehre des heiligen Augustinus", en *Theol. Quartalschrift* 112 (1931), 490-536; Fr. Hofmann, *Der Kirchenbegriff des hl. Augustinus*, 1933, 392-413.

Se comprende que, dada la dificultad de la doctrina agustiniana, en épocas posteriores se desarrollasen doctrinas opuestas entre sí, basadas en ella. Tanto los simbolistas como los realistas se apoyan en San Agustín, como se ha dicho. Los primeros vieron la tendencia dinámico-espiritualista en la doctrina de San Agustín. Su error consistió en que sólo vieron este rasgo y pasaron por alto el realístico. Interpretan las expresiones agustinianas "imagen", "símbolo", "semejanza" en un sentido vacío, no platónico. San Agustín entendió estos vocablos de otra manera. Pero él mismo ofreció la posibilidad de una interpretación así atenuante, puesto que en la lucha contra los donatistas distinguió con rigor entre la realidad eucarística y su virtud salvífica, acentuando fuertemente la última y dejando en segundo plano la primera. No hay que entender esto como un desequilibrio, sino como multiplicidad de puntos de vista. San Agustín ve tanto la presencia real como la causal. Con razón acentúa que la presencia real sirve a la presencia actual. Tan sólo espíritus miopes, pobres y de escasa agilidad pudieron predicar separada y unilateralmente lo que en San Agustín estaba unido. Para la inteligencia de las polémicas eucarísticas de los siglos IX, XI y XVI es de importancia la doctrina eucarística agustiniana.

Hay que tener en cuenta también otro punto para la valoración de estas discusiones. San Juan Crisóstomo y San Ambrosio acentuaron con toda fuerza la mismidad del Cristo histórico y del eucarístico. Pero no

con igual tenacidad han expuesto las diferentes formas de existencia, la histórica y la sacramental, de un mismo cuerpo. Lo cual podía originar el peligro de una concepción burdamente sensible de la Eucaristía. Esta manera de entender la Eucaristía, propia de los judíos de Cafarnaum, que Cristo intentó superar haciendo referencia a su existencia glorificada, provocó un contramovimiento, en el cual la distinción entre la existencia histórica y la eucarística fué acentuada de tal manera que a la última se le privó la realidad frente a la histórica con su natural densidad.

En medio de esta situación confusa, creada por las diferentes doctrinas teológicas de los Padres, la obra del benedictino del monasterio de Corbie, Pascasio Radberto, del año 853, titulada *De corpore et sanguine Domini*, causó gran efecto. En ella defiende la doctrina de la tradición eclesiástica de que la Eucaristía contiene la carne y sangre de Cristo, nacido de María, que fué clavado en cruz y que resucitó poco después de entre los muertos. Pero acentuó de tal modo la identidad del Cristo histórico y del eucarístico que ni siquiera vió la diferente manera de existencia. Desconoció la diferencia entre la existencia histórica y la sacramental. Por lo que opinó que el mismo cuerpo de Cristo se nos aparece bajo la figura del pan y del vino y es visto y tocado. De este modo favoreció una concepción grosera y sensual, naturalística, de la Eucaristía.

Contra esta doctrina se alzaron muchas voces; las ideas de Pascasio fueron atacadas por Rabano Mauro, Ratrammo y Juan Escoto Eriugena, y en el siglo x también por el abad Heriger. Para Rabano la Eucaristía es la celebración de la acción redentora que Cristo consumió en la cruz. Comemos y bebemos el cuerpo y la sangre de Cristo, que fueron ofrecidos por nosotros. La participación en el sacramento es, pues, participación en la pasión del Señor. Se acentúa aquí, por tanto, la presencia actual. Por la liturgia eucarística nos incorporamos siempre más profundamente en la comunidad vital, que une a Cristo y a la Iglesia. Para Rabano el acento recae en esta realidad salvífica de la Eucaristía. El comer y beber el cuerpo y sangre de Cristo representa y obra la unidad entre la Cabeza y los miembros. Rabano está influenciado notablemente por la doctrina dinámica de San Agustín, sin que haya negado la realidad del cuerpo y sangre de Cristo. Pero ésta está en segundo orden frente a la causalidad de la Eucaristía. Es imagen del cuerpo y sangre de Cristo. Pero es una imagen llena de la realidad de lo representado. Por lo que lo importante es, según él, la simbólica: la Eucaristía hace alusión a la comunidad con Cristo y la obra.

Las concepciones de Pascasio fueron extremadas por algunos teólogos en este continuo disputar; así por Lanfranco de Bec, quien lleva a tal extremo la identidad entre el cuerpo histórico y el sacramental de Cristo que afirma que el cuerpo eucarístico de Cristo está sometido a las leyes naturales, como otro cualquier alimento (estercorismo). Durante los siglos ix y x no fué posible nivelar las diferencias de opinión.

En el siglo xi Berengario abordó de nuevo esta cuestión. Se opuso a las concepciones groseras de la Eucaristía. Realmente no correspondían a una válida representación del ser sacramental. Berengario acentuó la diversidad entre la existencia histórica y la eucarística. Pero exageró tanto la diferencia de modos de existencia que afirmó incluso la diferencia entre la realidad eucarística y la histórica. Así, partiendo de un punto de vista correcto, llegó a vaciar la Eucaristía de contenido: negó la presencia real

de Cristo. Su doctrina fué condenada por varios concilios locales (Roma, París, Tours). En el año 1059, siendo Papa Nicolás II, tuvo que jurar la fórmula redactada por el cardenal Humbert: El verdadero cuerpo de Cristo es tocado por las manos del sacerdote (*sensualiter*) no sólo en el ser sacramental, sino en realidad (*in veritate*), partido y masticado por los dientes de los fieles. Esta fórmula afirma la realidad del cuerpo de Cristo con las más fuertes expresiones. Y muestra, a la vez, a causa de las representaciones naturalísticas defendidas por ella, cuán difícil es reconocer la realidad de lo que existe de modo sacramental, sin pasar por alto la diferencia de modos de existencia entre el ser sacramental y el natural. Berengario no se dió por conforme con esta fórmula por largo tiempo; así, cuando al cabo de diez años renovó de nuevo la lucha tuvo que jurar, en el año 1079, bajo el pontificado de Gregorio VII, la transustanciación del pan y del vino. "Yo, Berengario, creo de corazón y confieso de boca que el pan y el vino que se ponen en el altar, por el misterio de la sagrada oración y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Jesucristo nuestro Señor, y que después de la consagración son el verdadero cuerpo de Cristo que nació de la Virgen y que, ofrecido por la salvación del mundo, estuvo pendiente en la cruz y está sentado a la diestra del Padre; y la verdadera sangre de Cristo que se derramó de su costado, no sólo por el signo y virtud del sacramento, sino en la propiedad de la naturaleza y verdad de la sustancia." La diferencia de modo de existencia tampoco está suficientemente aclarada aquí. En los siglos XII y XIII negaron la presencia real de Cristo los valdenses, los cátaros y los abligenses, y en el siglo XIV Wicleff y Hus.

La dificultad de ver al mismo tiempo las diferencias entre los modos de existencia histórica y sacramental, y la realidad del cuerpo y de la sangre sacramentales de Cristo condujo a nuevos errores durante la *Reforma protestante*. Lutero enseñó la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo, pero no admitió la transustanciación, negó temporalmente el carácter sacrificial de la Eucaristía y limitó la presencia de Cristo al momento de la comunión. Acentuó sobre manera el carácter de acontecimiento de la Eucaristía. Para poder explicar la presencia real de Cristo, aceptó que su naturaleza humana, en virtud de su unidad con el Logos, participa de la ubicuidad divina (omnipresencia). Zwinglio (Karlstadt, Butzer, Ocolampadio) privó de contenido a la Eucaristía y la convirtió en un puro símbolo. La Eucaristía es un simple memorial. Calvino enseñó la realidad eucarística. Pero no están presentes el cuerpo y sangre de Cristo, sino solamente su virtud salvífica. El que con fe gusta el pan y el vino participará de las fuerzas vitales, por medio del pan y vino, que brotaron de la naturaleza humana glorificada que está en el cielo. En estas doctrinas de los reformadores encontramos de nuevo representaciones e ideas que no fueron extrañas a la antigüedad cristiana y a la Edad Media. Pero mientras que hasta entonces, por ejemplo, en San Agustín, estas doctrinas constituyen sólo elementos en el conjunto total de la doctrina de la Eucaristía, y dentro de este todo, unas veces aparecen con mayor fuerza, otras con menos, fueron entresacadas de su totalidad por los reformadores y propuestas como lo único válido. El error de los protestantes no consistió sólo en lo que afirmaron, sino en lo que negaron. El Concilio de Trento se manifestó contra los errores de los protestantes y a favor de la revelación com-

pleta. Y mientras que los reformadores enseñaban la dinámica eucarística, encumbrándola a lo más alto, con herético menoscabo de la ontología eucarística, el Concilio de Trento, con formulaciones claras y sopesadas, definió la unidad de la dinámica eucarística y de la ontología eucarística.